James Valender (2018), *Genaro Estrada y los intelectuales del exilio español. Datos nuevos sobre los orígenes de La Casa de España en México*, México, El Colegio de México, 176 p.

Muchos son los trabajos que se han dedicado al estudio de la Guerra Civil y sus consecuencias más palpables, por ejemplo, aquellas investigaciones relacionadas con la aparición de una literatura nueva, la literatura de los transterrados. Es sabido que —como bien lo explicó Carlos Blanco Aguinaga en un lúcido ensayo suyo— la mayoría de los exiliados españoles llegaron a México con un vasto desconocimiento de la realidad mexicana, así como en circunstancias y condiciones francamente adversas. Por tanto, quizá convendría más hablar de *exilios*, con la intención de diferenciar cada una de las experiencias individuales e intransferibles; experiencias todas que tuvieron en común, sin embargo, la pérdida de la patria, pero también, en muchas ocasiones, la esperanza puesta en una vida que —poco a poco— comenzaba a dibujarse como algo plenamente novedoso e inquietante. Para armar una visión más completa, por ejemplo, del exilio en México hace falta todavía valorar aquellos proyectos que no pudieron llevarse a efecto por muy distintas razones, y no sólo esos otros que sí supieron nacer, crecer y desarrollarse con gran éxito. Más allá de las imágenes mitificadas del exilio, es necesario reconocer las frustraciones y, también, desde luego, los sueños solidarios de aquellos que sí entendieron con verdadera inteligencia el gran compromiso mexicano con la segunda República Española, y con una imagen del mundo que apostaba por un conjunto de valores y de virtudes liberales hoy en desuso. Es responsabilidad del historiador ir en pos del rescate de aquellos datos, historias, acontecimientos y personajes que puedan ilustrar eso que, de otro modo, se perdería de forma permanente en los archivos del olvido y de la indolencia historicista.

Por todo lo anterior, resulta de primera importancia —según creo— la aparición de *Genaro Estrada y los intelectuales del exilio español. Datos nuevos sobre los orígenes de La Casa de España en México*, del profesor James Valender, reconocido hispanista experto en la obra de los autores del 27 y también, desde luego, en el conocimiento de la literatura del exilio, en especial, de su poesía. Se trata de un

Signos Literarios, vol. xv, núm. 29, enero-junio, 2019, 138-147, ISSN: 1870-4050

estudio que, por medio de una aproximación en extremo cuidadosa, y gracias al rescate y contextualización de la correspondencia de una época determinada entre escritores e intelectuales, aporta una imagen vívida que permitirá entender mejor lo ocurrido con ciertos exiliados y, además, imaginar lo que nunca terminó por suceder debido a los proyectos soñados —a veces incluso utópicos— que no lograron materializarse del todo.

El libro del profesor Valender —como se indica en el prólogo del mismo— se concentra, por principio de cuentas, en la gestión de dos intelectuales de relevancia: Daniel Cosío Villegas y Genaro Estrada. Ambas figuras coinciden en varios puntos: su gran preparación académica; su verdadero conocimiento de la cultura contemporánea; su anexión al gobierno mexicano posrevolucionario, por medio del cumplimiento cabal de las funciones asignadas, y, lo que aquí más importa, una preocupación genuina por el futuro inmediato de los exiliados, en especial, de aquellos que, por su formación y su cultura, habrían podido aportar muchísimo a un país como lo era México en aquellos años: una nación que cambiaba. Con los años, al intentar una mirada retrospectiva, no deja de resultar sorprendente la gran calidad de aquellos escritores, científicos, pensadores, filósofos y poetas que surgieron en España durante las últimas décadas del siglo XIX y en el transcurso de las primeras del XX: los herederos del mejor pensamiento liberal, aquel que se vio sustentado y articulado gracias a las valiosas aportaciones del Instituto Libre de Enseñanza.

En la primera parte del libro, Valender presenta las circunstancias biográficas de Daniel Cosío Villegas (su estadía en un puesto burocrático en la embajada mexicana en Portugal, sus contactos con el mundo intelectual español) y los argumentos que llevaron a este historiador a armar su "operación inteligencia". Con este título se pueden resumir todas las actividades que llevó a cabo Cosío Villegas con la intención de facilitar la llegada de los refugiados españoles —me refiero precisamente a los miembros de esa *inteligencia* española—, "un puñado de españoles de primera fila", de acuerdo con las palabras del intelectual en una carta dirigida a Luis Montes de Oca, director por aquellos años del Banco de México y quien hubiese sido un elemento clave para llevar a cabo la propuesta desde un punto de vista financiero.

La investigación de Valender —por medio del comentario y del análisis profundo de las cartas disponibles y recuperadas— demuestra las dificultades del proyecto; una de las mayores estribó, curiosamente, en la conformación de dicha lista: si bien había que atender la relevancia de los probables invitados por el gobierno mexicano, también era necesario considerar las circunstancias de cada uno de ellos y la posibilidad de que fuesen, efectivamente, acogidos en México y que aceptasen venir. En este sentido, Valender advierte: "la extrema dificultad de armar esa lista —pese a la ayuda de los colegas en la capital francesa— llevará a que el proyecto sea aplazado una y otra vez a lo largo de los próximos meses" (p. 21). En este mismo capítulo, el autor del libro reseñado demuestra cómo se empezaron a gestar, de forma simultánea, otras iniciativas que buscaban lo mismo, pero por medios distintos: rescatar a los exiliados de las difíciles condiciones que enfrentaban. Algunos de los protagonistas de estos nobles esfuerzos fueron la poeta Gabriela Mistral, el estudioso Francisco de Onís, el profesor Josep Pijoan y el polígrafo mexicano Alfonso Reyes, este último desde la ciudad de Buenos Aires, donde representaba diplomáticamente a nuestro país. Sus presencias se dejan sentir frecuentemente en las páginas de este volumen.

Después de analizar las gestiones de Cosío Villegas, en el libro encontraremos el capítulo más largo y, acaso, el más interesante: aquél en donde Valender analiza el papel apasionado de Genaro Estrada en ese muy complicado proceso que buscaba, sobre todo, atraer y convencer —desde la seducción argumentativa— a algunos de los mejores intelectuales españoles del momento. Gracias al rescate y al análisis de las cartas de Estrada y de sus corresponsales, se aprecia una suerte de tarea —como he sugerido— de fuerte seducción por parte del diplomático y del escritor. Según lo deja entrever Valender, Estrada tuvo la misión no únicamente de ofrecer las mejores condiciones para los exiliados en México, para los intelectuales transterrados, sino también la urgencia de competir con otros de los posibles países de acogida (por ejemplo, Cuba y Estados Unidos).

Necesariamente, el autor del libro en cuestión se ve obligado a leer entre las líneas lo que se va cifrando en las cartas, con la intención de valorar lo enunciado en cada una de ellas, pero también lo que se calla y se mantiene oculto (uno puede imaginarse, por ejemplo, la urgencia de Estrada frente a la competencia por quedarse con los refugiados, así como los silencios diplomáticos con los que tuvo que apertrecharse). Los datos históricos servirán a Valender para, precisamente, contextualizar las misivas y entender el avance o la frustración de los proyectos individuales.

Este largo capítulo se divide en cinco partes; cada una se corresponderá con los esfuerzos concretos que hizo Estrada con la intención de atraer a los siguientes intelectuales de primera fila: José Moreno Villa, Ramón Gómez de la Serna, Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas y don Ramón Menéndez Pidal. Como se sabe, de estos cinco intelectuales, solamente José Moreno Villa llegará a México de forma permanente tras una más bien desagradable estancia en Estados Unidos. Gómez de la Serna, a pesar de la intermediación de Alfonso Reyes, se quedará en Argentina, sobre todo, como lo dejan traslucir sus cartas, por miedo a reencontrar en México lo que había hallado en España: un país caótico, revolucionario y propicio al establecimiento de un régimen *comunistoide*. Por ello, preferirá quedare *acurrucado* en Buenos Aires: "Lo sucedido en mi espíritu con lo de España necesita muchos meses de convalecencia" (p. 41). Juan Ramón Jiménez se hallaba viviendo temporalmente en La Habana, al igual que Menéndez Pidal, cuando lo alcanza la correspondencia de Estrada. Tal como hizo Menéndez Pidal, Juan Ramón alegará problemas cardiacos para evitar asentarse en la Ciudad de México (o acaso esto le hicieron creer los médicos cubanos que lo atendieron: que la capital mexicana era un lugar que atentaría en contra de su salud).

Con todo lo anterior, resulta genuinamente excitante pensar qué caminos habría seguido Gómez de la Serna al enfrentarse con la realidad mexicana, y también vislumbrar aquello que, de manera seductora, Estrada propuso a Menéndez Pidal: la organización en tierras mexicanas de la continuación del Centro de Estudios Históricos. Salinas llegó a visitar México, pero sólo con la intención de conocer el país y de ofrecer algunas conferencias sobre literatura. Al hacer una revisión general del proyecto de Estrada, James Valender llega a la siguiente conclusión: "Las cartas cruzadas con Gómez de la Serna, Juan Ramón Jiménez y Menéndez Pidal hablan […] de un fracaso más o menos rotundo. En vista de estos resultados, no estaría de más preguntarnos por qué el antiguo canciller no tuvo más éxito con sus iniciativas" (p. 71). Valender nos ofrece algunas ideas para intentar explicar ese aparente fracaso. No podemos olvidar —lo cual convierte este asunto en algo verdaderamente conmovedor— el hecho de que en aquel momento Estrada se hallaba mortalmente enfermo y que, por tanto, no llegó a conocer los frutos más hondos del exilio español en México.

El libro de Valender se convierte, a partir de la página 87, en una edición crítica de la correspondencia que Genaro Estrada sostuvo durante el proceso (algunos de los pasajes de dichas cartas aparecieron desde antes, en el análisis histórico que nos propone el volumen). En dichas misivas, se presentan como interlocutores algunas

de las figuras previamente señaladas, y también otras más: de este modo, es posible obtener una imagen aún más completa del proyecto soñado.

Para finalizar el libro, Valender incluyó dos ensayos escritos por José Moreno Villa, en los que el autor de *Jacinta la pelirroja* rinde un justo homenaje al amigo muerto, al hombre que pugnó por traerlo a él y a otros a la realidad mexicana. Las palabras de Moreno Villa son, sin duda, acertadas por muchos motivos, así como un elogio y una explicación acerca del trabajo que Estrada intentó llevar a cabo por razones solidarias, pero también con la ambición de enriquecer el contexto intelectual de su país con dichas presencias: "Muy mexicano y muy cosmopolita, hubiera querido traer hacia esta tierra suya lo mejor de la civilización universal, a la vez que hubiera querido hacer evidente a esa misma civilización los valores mexicanos del orden que fuesen" (p. 166).

Pablo Muñoz Covarrubias
ORCID.ORG/0000-0002-3950-1123
Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Iztapalapa
juanpablomunozcovarrubias@gmail.com

D. R. © Pablo Muñoz Covarrubias, Ciudad de México, enero-junio, 2019.